

Quedarse afuera

Tedi López Mills

En el presente discurso al recibir el Premio Xavier Villaurrutia por su poema narrativo Muerte en la rúa Augusta, Tedi López Mills, partiendo de Dante y evocando a Villaurrutia, esboza los fragmentos de su propia labor literaria: una poética.

Mi dedicatoria es una adivinanza: para A.U.

I

Voy a inventar una parábola cuyas dos citas son textualmente ciertas. Al final del Canto xxvi del Purgatorio, Arnaut Daniel, el trovador más complejo y elusivo del siglo XII, formula una petición que Dante escribe en provenzal:

Yo soy Arnaut, que lloro y voy cantando;
afligido contemplo la pasada locura
y veo gozoso ante mí el día que espero.
Ahora les pido, por aquel valor
que los conduce a lo alto de la escala,
que se acuerden a tiempo de mi dolor.

En mi parábola, Dante perdona los pecados de su maestro y le pide que lo acompañe en su viaje con Virgilio hacia el Paraíso, pero Arnaut Daniel no acepta. Al retirarse de la presencia de Dante vuelve a hablar:

Yo soy Arnaut, el que amasa la brisa,
caza la liebre con el buey
y nada contra la tempestad.

Según la interpretación que yo misma le he impuesto a mi invento, al no aceptar la invitación de Dante, Arnaut inaugura un hueco de perplejidad en la poesía; un punto imaginario y periférico en un paisaje lleno de

centros: un territorio en que se está siempre afuera, viéndose hacia adentro.

Y es ahí donde propongo colocarme sólo provisionalmente, para explicar no lo que pienso, sino lo que quisiera pensar. Quizá la osadía me garantice una caída segura, pero al menos contaré con la bendición de una autoridad que, en algún cielo proscrito, me dirá al oído: “aquí no entra la máscara”, y entonces me tendré que buscar una cara genuina, o algo que engañe por su reflejo o su quietud o la sencillez de su lema: “que hablen los otros”. Y como una sombra atribulada por alguien que estuvo y no estuvo, entre líneas, seguiré parafraseando lo ajeno, con la excusa de que lo auténtico ya no suena igual que antes, cuando se pronunció por primera vez.

II

El fragmento parece ser la forma predilecta de mi memoria, lo cual me resulta prometedor, pues significa que, en alguna etapa, tantos pedazos en mi cabeza serán vanguardia y por fin habrá algo construido y no meramente olvidado. Algo que, como escribió Xavier Villaurrutia en su “Nocturno rosa”, “no ocupa lugar en el espacio”; una ausencia presente o al revés, según la dialéctica que uno elija, aunque ya el dejo de nostalgia que se pregunta por la zona borrosa basta para armar una teoría don-

de el albedrío determinará el desorden: un fragmento y luego otro sin vínculo cronológico.

Eso conviene. En la teoría que desprendo ahora de mi parábola inicial, la omisión involuntaria es un procedimiento. Está lo que se recuerda, y lo demás —el texto completo, las estrofas enteras, el primer verso hasta el último— se convierte en conjetura y en la prueba de que uno, o más bien yo, se quedó afuera. Y he aquí de nuevo mi premisa: quedarse en las afueras del poema o de la tradición, leyendo la parte por el todo, con los ojos puestos en el contorno de adentro, donde no se genera ninguna intermitencia. La situación no es dramática, sino sólo descriptiva: hay dos regiones, la intemperie y lo que la excluye; el recinto enorme, perfectamente legible, con la metáfora del afuera ya seleccionada como un elemento de la angustia. Y un cristal en medio. “Tantan”, tocaría yo con el diablo encima en honor a Gorostiza, y todas las voces de la ortodoxia me responderían: “Espera ahí”. Y yo seguiría esperando, con los fragmentos en la cabeza. Como pájaros simultáneos que exigen que uno los oiga o los vea y aplauda, pues la belleza, incluso desbaratada, tiene destellos de compromiso: la próxima vez, me promete, habrá armonía.

Pero el mientras tanto colma la totalidad del tiempo. Afuera no es una condena, sino una afición. O un estilo en fuga perpetua. O una paradoja. O un pretexto para seguir buscando las huellas que conduzcan al original. ¿Dónde ocurrió el acto primigenio? Los maes-

tros tienden a exagerar la importancia de las pruebas. Si hay poema, señalan, es porque hubo poesía antes en el mundo o en el aire; de otro modo, cómo fabricar algo tan adverso al sentido común. Obediente, yo busco las pistas de ese poema sustancial, casi atmosférico, que los de adentro reconocen de inmediato; sin embargo, no está afuera conmigo ni la más mínima correspondencia que me permita declarar que, si bien no poseo el hecho, me adueñé de uno de sus símbolos y sé descifrar las claves para recomponerlo en una columna vertebral de palabras precisas o imprecisas.

Confieso que en mis ensoñaciones diurnas, más intensas que las nocturnas, imagino ese texto increado ya creado por mí, y a los de adentro asombrados, leyendo y leyendo hasta admitir: “caramba, hizo su poema, o casi”. Y afuera mis bestias calladas me mirarían observarme un instante en ese espejo donde uno se da la razón sin siquiera lanzarse un pequeñísimo guiño de ironía. Un instante apenas, hasta que se vuelva a abrir el circuito de la incertidumbre donde me interrogo: ¿qué es esta *Muerte* que hice en la rúa Augusta? ¿Será poema, será una historia o será un híbrido-quimera con el cascabel de una melodía atado a la trama? Peor aún, ¿será el cadáver de una anécdota? Exquisito o meramente muerto. Escrito o meramente muerto. Hundido en un jardín de pacotilla, donde el coro que escucho afuera, mezclado siempre con el ruido de una ciudad, exclama tergiversando a T.S. Eliot: “El cadáver que plantaste el año pasa-



Domenico di Michelino, *Dante ilumina Florencia con la Divina Comedia*, 1465



José Gorostiza



Xavier Villaurrutia

do, ¿ya comenzó a retoñar? ¿Ya floreció? Mantén lejos a los perros... o con sus uñas lo desenterrarán de nuevo”.

Mis perros no desentierran muertos, ni muerden ni ladran. Y no sigo, pues tendría que llevar la analogía hasta sus últimas consecuencias, y al final habría demasiados perros inocentes en el jardín de mentiras y demasiados cadáveres de verdad ahí tirados en el cemento o en el lodo. Y tristemente ya no podríamos hacer poemas ni los de afuera. Adentro habría alarma, luego noticias y al cabo fuertes dosis de realismo que carcomerían la estructura esencial. “Tan-tan”, de nuevo tocaría yo, mi diablo mermado por tanta inactividad, y las voces de la ortodoxia me dirían: “Demasiado tarde. No queda un solo sitio”. Me sentaría en las afueras a esperar entonces a que se vacíe adentro. O a retacarme de las enseñanzas y de los fragmentos, los jirones como estandartes rotos por el viento que cruza los cables y apaga la luz. Y nacería una leyenda modesta: afuera nunca se sabe, o si se sabe se pierde el hilo, se enredan los contrarios y se malversan los mensajes, lo cual genera niebla o lentitud y, a la larga, el vicio heroicamente insano de hablar a solas, como la prima Águeda de López Velarde. Balbuciendo su no sé qué.

III

En tal brete, mejor retomo a Villaurrutia. Su “Nocturno donde nada se oye” empieza con este verso: “En medio de un silencio desierto como la calle antes del cri-

men”. ¿Cuál crimen? Una exégesis culposa y elemental podría responder que el de la poesía y su atasco de metáforas en un mismo camino. En castigo habría que desbrozar un poco para que se oiga con claridad ese silencio desierto, paralelo a la “soledad sonora” de San Juan de la Cruz: lo cual es lo mismo, parejas pares, que su “música callada”. Aunque la claridad también obstruye con la exactitud cortante de sus equivalencias, donde árbol designa un árbol y nada lo pone en peligro y urge por ende un símil que lo trastoque para volver a reconocerlo.

Los consejos varían. Un maestro me dijo a principios de los años ochenta que en la poesía mexicana no sonaban nunca los teléfonos y no se sacaban la basura ni las baratijas, hermosas y acumuladas. Otro maestro, ahora a principios de los noventa, me señaló más drástico que la poesía mexicana era un remedo de la española, carecía de modernidad y nunca podría librar los obstáculos de su propia retórica. Como de costumbre, me puse el saco en las dos ocasiones, y todavía lo traigo puesto. En mi afuera precario, donde uno nunca resuelve realmente qué es qué, si poema o no poema, luce muy bien, con sus lados complementarios: uno de ideas y el otro de consignas. Lo bueno de mi parábola es que incluye todo, salvo la puerta para entrar. Ésa aún no logro ponerla. Mi temor es que se ponga sola. Y ahí de veras ya no sabré qué hacer. **U**

Texto leído el 24 de febrero de 2010 en la ceremonia de entrega del Premio Xavier Villaurrutia 2009 que recibió Tedi López Mills por su libro *Muerte en la rúa Augusta*.